

LA BOHEMIA ALEJANDRE

PUBLICACION MENSUAL

AGENCIA: Local de la Academia de Medicina.

EL ARGUMENTO DE MARIANELA (*)

Marianela, la discretísima novela de Pérez Galdos, cuya merecida boga presenciarnos, ha sido yá juzgada y rejuzgada por los críticos españoles. Como no es la primera obra notable de su autor, ha podido ser analizada aislada y sosegadamente, circunstancia que da mayores probabilidades de acierto en el juicio.

Se anuncia la aparición en Madrid de la segunda parte, ó sea la historia de Celipín, del Dr. Celipín, hijo de sus obras y de su tenaz empeño en ser algo; Celipín, el hércules filiputien-se de las resoluciones invencibles.

Acordes todos los críticos en alabar la novela de que tratamos, ha habido en ellos, sin embargo, restricciones y ampliaciones en la intensidad de la alabanza, que dependen de la escuela, no diremos literaria, sino política, á que cada cual está afiliado.

Esto podrá parecer una extraña ocurrencia; y no lo es. Ni es España el único país del mundo donde se observe semejante fenómeno.

Es inevitable en el fondo de las consideraciones abstractas de la crítica el influjo de las opiniones, ideales, preocupaciones ó tendencias que en las más generales y diarias relaciones de la vida predominan en el espíritu; y si bien sería pecado imperdonable en un crítico negar ciegamente las evidentes bellezas en que abunde la obra de quien en opuesta escuela está afiliado, nadie desconocerá que estamos naturalmente dispuestos á agregar á los primeros aplausos que nos arranca la grata impresión causada por una obra artística de primera clase, sea de quien fuere, los no menos entusiastas y tenaces á que nos solicita la misma cuando ella contribuye á propagar,

(*) Aunque este artículo fue escrito hace cerca de once años para el *Repertorio Colombiano*, dejó de publicarse allí debido al extravío del original, causado por la guerra que entonces estalló. No hemos vacilado en insertarlo hoy, atendiendo á su mérito crítico, que no ha aminorado con el tiempo trascurrido.

sostener ó cantar las ideas que honradamente creemos ser las verdaderas y las llamadas á conducir á buen término los pasos de la sociedad humana. Y esto sucede á veces á pesar nuestro; á pesar de nuestro esfuerzo por desconsiderar en nuestro juicio artístico los elementos *tendenciosos*, si así se nos permite decir, de la obra que queremos juzgar.

¿Quién sabe si no hay una suprema razón por la cual estos elementos lo son de la naturaleza misma, íntima y substantiva de la obra artística? Lo cual, á ser así, quitaría no poca fuerza á los que proclaman la doctrina de: *El arte por el arte*.

La de Pérez Galdos de que tratamos supera en mucho por su vigor y la intensidad de la verdad en ella desarrollada á aquella otra tan aplaudida y popular, los *Episodios nacionales*, trabajo no menos útil que vasto.

En cuanto al desempeño, á la forma, Marianela dista todavía más de los *Episodios*: hay más hilación, el interés se mantiene con más constancia y los caracteres, bien definidos, no nos son ya presentados con aquel recargo de rasgos distintivos que tiende á convertir algunos de los personajes de los *Episodios* en otras tantas caricaturas. Acaso el único que parece excesivo en su tenaz perfección es el de Florentina, á quien no sin razón la pobre Marianela con su instinto inocente de la superioridad de lo bello, llegó á tomar por “la misma Virgen Santísima.”

Hasta el lenguaje, no por cierto del todo purificado, aparece ya más correcto y castizo y el estilo más parco y elegante, en esta última obra.

Pero si avanzamos estas generales y tímidas observaciones, no es por querer tomar en tan elevada materia cartas que no entenderíamos, sino para dejar establecido cuál es nuestro humilde juicio personal sobre la obra, en cuyos primorosos detalles, entre los cuales descuellan como acabada filigrana artística los que encierran los tres últimos capítulos, no nos es dado ocuparnos como lo deseáramos, y cuáles son el respeto y el aprecio que nos inspira autor tan estimable, uno de los pocos y famosos que han venido á resucitar en nuestro siglo la gloriosa—ya que, por el número de sus obras, no abundante—novela española.

Hecha esta declaración, vamos á nuestro asunto: el argumento de Marianela.

Dice con chiste el autor, que habiendo leído en el *Times* una relación en que á trueque de dar cuenta algún *turista* inglés de lo más sorprendente que en Aldearcoba halló, comunica sobre la Nela multitud de extravagantes disparates, se le ocurrió que algo digno de contarse había en el fondo; y buscó y dió con la traviesa y primitiva María Canela, heroína pobre y fea, mas llena de la luz del alma, cuya historia nos refiere.

No habiendo, pues, declaratoria de haber tomado de otro autor el argumento de la novela, nos autoriza el señor Pérez

Galdós para avanzar sobre el particular las observaciones que juzguemos motivadas.

A nadie se le oculta que el argumento de la novela de que hablamos es tan feliz y poco explotado en nuestra literatura, como acertada, fácil y magistral la manera como el autor lo desarrolla. Esta circunstancia y la de estar yá los lectores habituados á no hallar en las novelas de este autor argumentos que por su novedad ó interés llamen la atención especialmente, hacen que se mire con marcado interés aquella parte, esqueleto monumental de la obra, y ella misma nos servirá de excusa al presentar á los lectores lo que sobre él hemos podido averiguar.

No tratamos de rebajar—ni ¿quién lo lograría ó querría lograrlo?—el mérito de una narración justamente aplaudida; pero sí de hacer dudar de la originalidad inventiva del señor Pérez Galdós en cuanto al argumento de *Marianela* se refiera; ó por lo menos, si tal fuere el caso, de mostrar una rara coincidencia, demasiado casual para ser sin dificultad creída.

En el tomo LIII de la *Colección de novelistas ingleses* publicada por la Casa Editorial de Baudry (*), tomo formado por tres á modo de novelas por E. L. Bulwer, encontramos intercalada en los *Peregrinos del Rhin* una historieta que tiene por título: *La Doncella de Malinas* (*The maiden of Malines*), la joya del volumen, sin duda, y cuyo argumento es tan parecido al de *Marianela* como una gota de agua á otra. La novela del señor Pérez Galdós no parece sino la ampliación elegante de la concisa invención del cuento de Bulwer. Ahora bien, el ilustre novelista español no había nacido todavía cuando la mencionada historieta fue escrita.

Un ciego de nacimiento, joven é inteligente, atendido durante algún tiempo en su ceguera por una mujer espiritual y buena, pero escasa de esa belleza corporal que suele ser el único ó, por lo menos, el principal aliciente de la mayor parte de los enamoramientos humanos, obtiene la vista gracias á un cirujano oculista tan hábil como caritativo. Esta mujer, que ha podido conocer y apreciar las cualidades del ciego, se siente arrastrada hacia él por una pasión tenaz, pura y ardiente, en cuya iniciación y desarrollo, por las especiales circunstancias que la rodean, hay una realidad asombrosa.

Durante su ceguera el pobre joven, que es rico de bienes materiales y de nobles y delicados sentimientos y que sólo posee el uso de cuatro sentidos, guiándose en su juicio por impresiones incompletas, llega á formarse de cuanto lo circunda ideas que no podrán guardar su primitivo valor el día en que la luz, milagrosa palpitación de la materia, venga á visitar su

(*) *Collection of ancient and modern British Novels and Romances. Vol. LIII. The Pilgrims of the Rhine; Falkand; and Arasmanes or The Seeker. By E. L. Bulwer. Baudry's European Library Paris. 1836.*

retina y á traerle las nociones ciertas de la realidad de la forma y del color en el conjunto sorprendente de sus proporciones armónicas y de sus matices. Guiado por el instinto de la belleza abstracta espiritual, llega el ciego—y esta es esencialísima condición del argumento—á juzgar que es hermoso cuanto cree bueno y que es bueno cuanto lo impresiona gratamente; y en tal virtud—~~nada~~ más natural—se enamora de la mujer—~~niña~~ que le sirve de lazarillo y compañía: es aquel amor como una concepción ideal de bondad adorada con ansia. Opera el cirujano; ve el ciego: ve, y al ver siente todas las impresiones nuevas, invencibles y arrobadoras de la serie inesperada de fenómenos que ante su alma asombrada desfilan; sus ojos se detienen sobre el rostro de una mujer hermosísima que está cerca y no es la que había sentido y amado en su ceguera, y la belleza nueva lo subyuga, y la ama; y la otra, que asiste anhelante, en su entusiasmo caudoroso, á esta horrenda prueba, se encuentra reducida á papel secundario aun más duro que todas las persecuciones calladas del odio de una alma querida. Ese es el argumento principal de la Doncella de Malinas. ¿Es otro acaso el de Marianela?

En ésta el ciego se llama Pablo, la compañera de los tristes días, Marianela, y Florentina la nueva señora del alma del que fué ciego. En la otra novela se llama Eugenio de Saint Amand el ciego; la mujer amada con el alma, Lucila; la amada con los ojos, la vencedora, Julia.

Y como en ambos argumentos, que, bien visto todo lo esencial, sólo difieren en detalles, figura un perro, no estará por demás recordar que el perro de Fernando se llama Choto y el de Eugenio, Fido.

Lo dicho yá bastaría para dejar satisfactoriamente probada nuestra aserción respecto al origen del argumento de Marianela, más en materia tan delicada no sabría nadie excederse en pruebas, mucho menos quien sin pretensiones literarias de ninguna clase, más bien quiere llamar sobre el punto la atención de los doctos que dejarlo juzgado. Apuntemos, pues, á la ligera, algunas coincidencias de detalle y al mismo tiempo substanciales por cuanto dejan ver la relación inmediata entre las dos piezas; las huellas vivas, actuales, hasta de las más leves circunstancias, que la historieta inglesa ó alemana—porque acaso sea de origen puramente germánico—dejó, y aún se ven claramente, en la novela española.

Eugenio nos es presentado la primera vez en el atrio de *San Rembauld*, en Malinas: solo, viajero extraviado, que llama á su perro: Fido, Fido! exclama: por que me has dejado? Y en el principio también de su narración Pérez Galdós nos presenta á Pablo, su hermoso ciego, que, solo, yá entrada la noche, en medio de un sendero irregular, grita: Choto! Choto! llamando su perro. Estas condiciones, si no esenciales en el argumento, sirven, como yá lo dijimos, para establecer el origen, y en ese sentido

son tanto más valiosas cuanto más secundarias, lo cual no es paradoja, por cuanto si los dos autores, dado que la idea general é independiente del argumento á ambos hubiera ocurrido, habrían acaso coincidido en el giro del desarrollo, considerado en globo, no es natural ni aceptable que sin alguno de ellos haber tomado la idea del otro, coincidencias de detalle, insignificantes é independientes para la formación y desenlace, ocurran, y eso á menudo.

La *Nela* es un tipo verdadero, hay que convenir en ello: un tipo elevadísimo de espiritualidad salvaje. Su fealdad, tan repetidamente pintada por el autor, acaba por sernos familiar, y éste al describir á la hija de María Canela advierte que "su pequeña cabeza remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecito." Lucila, marcada por las viruelas y afeado su rostro antes bermoso, se distingue por la gallardía cadenciosa de su andar. El tormento que á ambas causa su fealdad es idéntico.

Para Pablo lo inefable de la belleza, antes de ver, es la música: á ella compara—cuando obtiene la vista—la hermosura de Florentina, que no se cansa de admirar. De igual modo, Eugenio al oír la música avanza su idea de lo bello y decide de la bondad de la persona por su voz.

Nela sin ser vista por Pablo oye las fervientes declaraciones con que éste confiesa su amor á Florentina y se oye llamar un monstruo por el que no la conoce sino por su belleza de alma y que ignora que yá la ha visto sin adivinarla. Lucila siente que sus pies se arraigan en la tierra y no puede dar un paso cuando, al ir en busca de su Eugenio, oye oculta cómo éste requebra de amores á Julia y protesta que, subyugado por la belleza de esta mujer, se impondrá, *por deber*, el sacrificio de casarse con su compañera de los días de tinieblas.

Los tipos de Fernando y Eugenio son tan parecidos, que salvo la mayor locuacidad y el carácter esencialmente meridional del primero y atento á la concisión de la novelita inglesa, pudieran tomarse por gemelos.

Basta de anotaciones. La historieta de Bulwer pasa á orillas del Rhin y ocupa pocas páginas, en ella todo está condensado y los episodios son tan insignificantes como cortos; no así la novela de Pérez Galdós, espléndidamente rica en escenario y episodios, á la cual para ser obra notable de descripción de tipos y costumbres le bastan y sobran sus capítulos sobre la familia de Centeno.

Natural es, pues, que la primera apenas señale como un índice los puntos importantes que la segunda desarrolla con hábil sobriedad.

Y sin embargo, nada en la periferia española ignora el ingenuo y tierno episodio de la peregrinación de Lucila á la tumba de los Reyes Magos en Colonia, á pedir á Dios vuelva la vista á su enfermo adorado.

La Nela, criatura pagana con supersticiones de origen cristiano, corre al suicidio al verse perdida: Lucila, alma educada y religiosa por convicción, busca en la resignación y en los delicados cuidados que sus padres requieren, bálsamo para su dolor inmensurable. Desenlace éste mucho más razonable, más intelectual y más elevadamente estético; sin contar que es mucho más humano y real.

En la una el sentimiento egoísta lleva al crimen; en la otra la pasión generosa infunde valor en la catástrofe y muestra al desengaño el camino del deber. Que no por tratar de suicidarse Nela, debemos declararla más enamorada que Lucila, que tiene en ese derrumbamiento de toda una vida, de todo un mundo, el valor heroico de vivir; y es preciso confesar que la nota esencialmente *vivida*, acorde con lo que se ve y se oye todos los días, la encontró el novelista inglés, sin que dejemos de comprender que para los lectores ligeros, que no han llegado á pensar en los dramas silenciosos de tántas existencias aceptadas con gallardía y saboreadas en su diario tormento con sobrehumana bravura, esta solución carece de interés. Y es que para las almas que no se ven a sí mismas y no han buscado el más íntimo conocimiento—á que puede llegarse por la observación simpática y benévola—de cuanto las rodea, estos prodigios de todos los días no tienen significación por estar fuera del alcance de su propia y falsa concepción de la vida.

Y de allí en adelante difieren substancialmente los dos relatos. Porque de aquella diversidad de naturalezas brotan: Nela con su ingenuo y melancólico escepticismo que tiene las apariencias de un fatalismo inocente, Nela, cuya exhibición es inagotable fuente de observación y de interés en Pérez Galdós; y Lucila, monótona en su heroica resistencia, y que, escapando viva del trance cruel, ha de dar luégo campo en su vida para que el drama, tomando nuevo carácter, vaya á rematar en inesperado desenlace; el que es imposible en Marianela, porque esta infeliz, después de haber buscado en vano las fauces tenebrosas de la *Trascava*, muere de amor, de celos y de soledad, antes de que Fernando y Florentina se hayan cansado.

Pero estamos entrándonos á un campo vedado y que por más que nos provoque no hemos de profanar más. Ojalá nuestras observaciones merezcan la atención de los lectores serios.

Medellín, 1884.

PEDRO NEL OSPINA.

—❖—❖—❖—

A FELIPE VALDERRAMA

(INÉDITO)

En la amable turquesa de las rimas
Do amoldas tus hexámetros risueños,
Sólo cabe la flor de los ensueños,
Y en vano es que solloces ó que gimas.

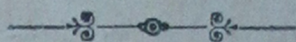
Ni el yambo en oda heroica sublimas,
 Ni te fatigan épicos empeños:
 Tu reino es el Canaán do vense en sueños
 Del porvenir las victoriosas cimas.

Alza tu vuelo al sol como las aves,
 Deja que fluya la abundosa fuente
 De alegre juventud, como bien sabes.

No en vano quieras revolver la mente
 A problemas escépticos y graves:
 ¡Joven cantor! tu rumbo es el Oriente!

ABRAHAM LÓPEZ PENHA.

1895.



EL RAMO DE VIOLETAS

Miguel, se decía generalmente, era cuanto bueno puede ser un hombre.

Huérfano desde pequeño, de padre y madre, había sido criado en casa de un tío en segundo grado, viudo, rico y generoso, cuyo hijo único, Sergio, había sido su compañero desde los sueños de la cuna y los juegos de la infancia, habiendo dado á un mismo tiempo su primer paso.

En el momento de empezar á narrar los sucesos que me propongo referir, Miguel era un mocetón gordo, colorado, de fisonomía más bien vulgar, risueña y bonachona, en completo acuerdo con la idea que todos ó casi todos tenían de él, á saber: que era un "manso" y como tal, un bienaventurado.

Sergio, su primo, era de tipo por completo opuesto: de temperamento nervioso, pálido, de facciones correctas, estatura elevada, ojos negros de mirada penetrante que resaltaban llenos de belleza sobre la palidez mate de su piel tersa y fina, recia contextura y admirables proporciones. Sin gozar de la fama de santidad y mansedumbre de Miguel, era un buen muchacho que á algunos parecía mas simpático que aquél, en cuya cara de santurrón habían advertido una mirada "de gato" salida de sus pequeños ojos grises.

La diferencia de sus edades era cuestión de pocos meses; habían concluído sus estudios de bachillerato y acababan de entrar de 18 años justos, el uno, Miguel, á la Escuela de Medicina, el otro á la de Ingeniería civil y militar. Estaban pues en esa época de la vida en que aún se estima un poco, por lo general, en los países templados la caja de juguetes, pero en que, en los países tropicales, se piensa ya en los juguetes de carne y hueso; en que los libros de fábulas orientales se han relegado com-

pletamente al olvido, para ocuparse en cambio—en cuanto á literatura se refiere—en la de talla elevada. Bajo el aspecto, tranquilo de sus rostros juveniles, ardía ya el fuego de las pasiones, ó ellas, como combustible, esperaban una chispa para arder.

Una tarde Sergio fue al cuarto de Miguel, quien había salido; aquél había ido porque desde hacía rato paseaba por toda la casa febril, inquieto sin saber por qué, aunque sí sospechándolo. Paseaba, entraba y salía como en busca de algo, pero era en busca de *alguien* en realidad, y ese alguien no era allí donde estaba, sino en una casa muy grande y hermosa cercana al colegio donde él estudiaba, y era, ¿quién había de ser? una hermosa joven de 16 años de edad.

Llegóse cerca de los libros de Miguel, y en medio de ellos, sobre la mesa de estudio, vió un ramo de violetas; sin darse cuenta de ello cerró los puños y apretó los dientes convulsivamente; ¿por qué? porque era la flor que en ramitos como el que veía allí por delante, había visto sobre *su* pecho, sobre el pecho de la que él sospechaba que era causa de su inquietud; la noche que la había conocido en el teatro, precisamente había sentido antes que otra cosa deseo vehemente de poseer el ramo de violetas que sobre su pecho lucía. ¿Qué hace este ramo sobre la mesa de Miguel? se preguntó furioso, ¿qué imbecilidad! se dijo luego, ¿un ramo de violetas sólo podría venir de ella? ¡Vaya una torpeza grande! Si parece que estuviera enamorado! y se rió; era que lo estaba hasta la medula de los huesos.

Su inquietud creció y se hizo insoportable; iba á salir cuando Miguel se presentó, Sergio le preguntó con indiferencia á quién había pertenecido ese ramo ó de dónde provenía; Miguel sonrió y contestó:

—Es un trofeo.

—¿De qué? dijo Sergio.

—De amor, claro; ha caído del pecho de una mujer que amo y lo he recogido.

—¿Dónde? siguió Sergio.

—En la puerta de un jardín, contestó el otro.

—¿Quién es ella?

—No lo sé aún, pronto lo sabré y te daré parte —Bien.

Un momento después, impotente para resistir. Sergio tomó su sombrero y se lanzó á la calle; dirigió sus pasos hácia el instituto donde estudiaba y se paró allí cerca de la casa donde su amada vivía; miró repetidas veces al gabinete en que alguna vez la había visto; luego fijó los ojos en él durante largo rato; un ligero movimiento en la cortina hizo palpar su corazón violentamente; un segundo más y las vidrieras se corrieron dejando ver la figura tan ansiosamente esperada. Era una joven realmente bella, de cara blanca y pálida, ojos de ios "que el cielo porque fueran como él tiñó de azul", cabellera abundante de color castaño claro, suavemente ondulada, parte de

cuyos bucles formaban un marco adorable á su faz llena de dulzura, cayendo el resto por sus espaldas; boca preciosa llena de sonrisas, alegres como una aurora de verano, y en fin, un conjunto de los que atraen todas las miradas admirativas, de los que no se pueden olvidar en una vida. Miró á Sergio, á quién ya conocía y en quién desde el primer momento había adivinado un vasallo para no muy tarde: esa mirada, alguna otra como por descuido y una sonrisa para despedida, fueron los detalles de aquella escaramuza, primer paso de sus ardientes almas por el sendero de las pasiones.

De allí en adelante... la eterna historia; encuentros aquí y allá, flores caídas, miradas, sonrisas, palabras dejadas al azar del viento, y lo demás; todos los días se vieron; en adelante Sergio aumentó una cuadra á su camino ordinario para ver la casa de su hada al paso del colegio para la suya.

Entretanto ¿qué pasaba á Miguel? Su cara tan plácida y bonachona se hacía brúscas, una arruga vertical daba á su frente ceño de perro de presa; se le veía sufrir, no era raro que se mordiera los puños con rabia verdadera; en pocos días todo en él se había cambiado sin que nadie supiera á qué atribuirlo. Sergio, lleno de felicidad, lo notó un día más taciturno que de costumbre—; cosa rara: un dichoso fijarse en un desgraciado!— y le preguntó la causa. Miguel le contestó evasivamente; Sergio insistió diciendo: ¿Se han marchitado tus violetas? La respuesta fué una mirada tan colérica que el otro arrepentido se retiró sin preocuparse más.

De allí en adelante Miguel dió durante un tiempo señales evidentes de odio por Sergio. Una tarde paseaba éste por un jardín público; iba por una calle de árboles y por otra paralela, junto con una amiga, “la hechicera” como generalmente llamaba á su amada; eran las seis, y el sol ya casi sepultado en el ocaso lanzaba resplandores como soldados dispersos, cansados de huir, que las huestes de la sombra aprisionaban; sin embargo aún había suficiente claridad para que las sonrisas *suyas* no se perdieran en el aire. Tomando una calle transversal y recorriéndola con rapidez vino á encontrarse á pocos pasos de la que tanto amaba; ella, al verlo tan cerca manifestó sorpresa, esperó á su compañera, que se había atrasado, y en seguida anduvo en dirección á Sergio rozándolo casi con sus vestidos al pasar; él se estremeció y murmuró una palabra que le valió nueva encantadora sonrisa; en este momento se volvió como atraído por una corriente magnética; detrás, disimulado por las ramas de un arbusto, su primo Miguel tenía fijos los ojos en él, dirigiendo por momentos una centella más que mirada á la joven, que ya se perdía al extremo del jardín; no sin extrañeza reparó Sergio en su actitud de espía y más se hubiera sorprendido al ver el tinte livido de su rostro y la contracción de todas sus facciones; no notó esto, gracias á la oscuridad que era ya casi completa. Miguel al verse descubierto

se adelantó á saludarlo y le habló con la mayor tranquilidad. Camino de la casa hizo á Sergio esta pregunta:—¿Muy correspondido, eh?—Un poco, contestó él con aire de indiferencia que no obstante marcaba la satisfacción que sentía, y añadió: y tú, ¿qué es de la dama de las violetas?—Nada, contestó Miguel, no la he visto más, te dije que la amaba, pero era solamente un capricho ligero que acabó de por sí. Su voz temblaba un poco al decir estas palabras, que acompañó con algunos movimientos desordenados; mas tampoco lo notó Sergio, gracias esta vez á lo ocupado que su pensamiento estaba en otra parte.

Nuevamente pudo notarse á partir de esta tarde el buen humor, la tranquilidad y la dulzura de Miguel; su ceño desapareció por completo, no dió más respuestas bruscas ni volvió á revelar aversión por su primo; por el contrario, su afecto por él se hizo más expansivo, quiso ser su confidente y le habló siempre de su tema favorito: de “su hechicera”. Sólo faltaba al Miguel de la Escuela preparatoria un poco del color de sus mejillas; la palidez persistía, pero ¿eso qué?

*
* *

Los tiempos pasaban, los estudios de Sergio y de Miguel avanzaban, los amores de aquél no decaían, ya faltaba poco para llegarse el último día de asistir á las aulas. Sergio ya iba á las maniobras militares á practicar; volvía de las excursiones fatigado pero feliz; las evoluciones de la artillería eran la felicidad para él, y ella . . . era la otra felicidad. Ahora su sueño era una guerra para aplicar su ciencia en el campo de batalla ó en una ó varias fortificaciones; luégo, la vuelta gloriosa del militar á un tiempo héroe y sabio, en seguida los ojos de su amada, ella toda para él, como se lo había jurado ya. En cuanto á Miguel, también empezaba á hacer aplicaciones de su ciencia y parecía entusiasta por ella; sus compañeros lo habían creído loco una vez al encontrarlo solo en el anfiteatro de cirugía, con el tronco despedazado de un cadáver, entregado á las más extrañas maniobras, haciendo nudos y cortaditas á un nervio blanco, sanguinolento que salía de entre las carnes abiertas por el escalpelo, y dando grandes carcajadas al mismo tiempo que deshacía con los dedos los grumitos de sangre que cubrían la mesa y el cadáver mismo. El incidente había sido pronto olvidado y su vida había seguido sin hablar más de ello.

Poco tiempo más y la tarea escolar se terminó; en un mismo mes tuvieron lugar los dos grados, y fué de verse la dicha del buen padre de Sergio, que había servido de tal á Miguel, cuando vió á “sus hijos,” como los llamaba, provistos de títulos que representaban su ciencia; ya eran hombres completos é iban realmente á empezar la vida.

No había pasado medio año y Sergio—comprometido por lo demás formalmente con “su hechicera”—tuvo oca-

sión de realizar la primera parte de su programa; la guerra se acercaba, la disciplina se hacía más severa, se recordaba á los alumnos de las escuelas militares el deber de defender la Patria. Cuando el movimiento de tropas empezó, él ya estaba alistado en la artillería como ingeniero; oh! la artillería era su delirio; aquellos hermosos aparatos de destrozo los quería como si hubieran tenido sangre de sus venas, le parecía ya oír sus voces ensordecedoras, ver la humareda de sus disparos y el efecto formidable de sus bombas contemplado tranquilamente con el antejo en medio de la destrucción, con la calma de un experimentador. Por nada habría dejado de ir á la guerra; las lágrimas de su amada nada habían podido, ¿qué sería capaz de detenerlo?

Marchó con los primeros cuerpos y asistió á los primeros combates, distinguiéndose siempre por su serenidad y ciencia; era un ingeniero militar de primer orden.

Poco después de él había salido Miguel como médico de un batallón, y desde la primera ambulancia en que hubo de servir de su ciencia, lo hizo con verdadero lujo de habilidades quirúrgicas: ¡era un formidable adversario de la muerte!

Los azares de la guerra llevaron pronto la parte del ejército en que Miguel servía á juntarse con aquella en que Sergio desplegabá sus dotes; estaban en un mismo campamento, ignorantes cada uno de la presencia del otro. Era en la proximidad de una importante población de la frontera disputada á cañonazos; el enemigo estaba al frente, iba á librarse uno de aquellos combates en que se decide de la suerte de una causa; el día llegó. Parte del ejército ocupó la población dicha, en la que se establecieron también las ambulancias; Miguel era médico en jefe de una de ellas; allí sobre una gran mesa, entre platones llenos de aguas antisépticas, en un ambiente cargado de olores penetrantes, se veían desplegados cuchillos, pinzas, sondas, escalpelos, sierras, vendajes, compresas, agujas, hierros rectos y encorvados, aparatos complicados, todo ese horripilante tren del cirujano, capaz de helar la sangre del novicio. Sonaron los primeros disparos, se escuchó el clamor del combate y Miguel, siempre tranquila su fisonomía, se asomó á la ventana; vió allá á lo lejos, en las primeras líneas de batalla, sobre una ondulación del terreno, algunas bombas que estallaron, y entre el humo y el polvo levantados distinguió los cuerpos ó sus pedazos, lanzados á lo alto por la potencia explosiva de los obuses, y se figuró de antemano las horribles desgarraduras, los músculos deshilachados, las venas y arterias rotas dejando escapar el líquido vital que enrojecería la hierba retañada, los huesos triturados, hechos astillas, los cuerpos perforados por las balas de fusil, en fin, el cúmulo de horrores, mutilaciones, rasgaduras, aplastamientos y destrozos de todo género que cañones, fusiles, sables, bayonetas, ruedas, herraduras, lanzas y aun culatas, producen en la masa humana presa

de la embriaguez de destrucción, que forma un ejército. Pocos momentos después empezaron á llegar carretadas de heridos que iban dejando sobre el pavimento un reguero de sangre, y cuyos tumbos sobre el empedrado hacían brotar lamentos desgarradores de los labios de los pobres seres que yacían allí dentro moribundos; todo el día pasó Miguel entregado á su faena; llegó la tarde, el enemigo se había retirado aunque no estaba batido por completo. Aún se escuchaban á intervalos los disparos de la artillería. Un cirujano viejo vino á ocupar con sus ayudantes el puesto de Miguel y los suyos; después de tanto trabajar, estaban ansiosos por dar unos pasos y respirar un poco de aire puro; se dirigieron al final de la calle donde se habían instalado en la mañana las primeras baterías; una de ellas había ocupado una especie de viejo torreón empezado á desmoronar y un tanto escondido por un grupo de árboles; allí á su pié se veían los pedazos de una pieza rota y al lado, en parte bajo una rueda, algo como un cuerpo humano; uno de los ayudantes de Miguel se acercó y dijo con el tono más natural:—¡calla! si parece un oficial, y aún respira; y se puso á reanimarlo; llamaron unos camilleros que con su parihuela pasaban á la sazón; recogieron el herido y se disponían á trasportarlo á la ambulancia, cuando Miguel dijo:—no, en el camino podría morir, tengo mi estuche y me bastará para la curación inmediata; ¡luz! exclamó dirigiéndose á uno de sus auxiliares, que salió corriendo, y luégo á los que llevaban el herido; ¡acá! á una casa, la primera. A pocos pasos hallaron una casucha abierta, cuyos habitantes habían huído temerosos del combate; entraron y depositaron la camilla en el suelo; no tardó en aparecer el que había ido en busca de luz, con un farol y dos velas que encendió.

Miguel dió orden de retirarse quedando sólo á su lado uno de los ayudantes. Trasladaron el herido á una cama que había allí, por fortuna con sus ropas; la cara del infeliz estaba cubierta de polvo y sangre, la lavaron y empezó la cura. Miguel estaba desfigurado, su ayudante notaba la lividez de su semblante y los estremecimientos que sacadian su cuerpo. ¿Por qué? ¿no estaba él acostumbrado al manejo de cuerpos en peor estado? Aquello era una herida horrible en verdad; un casco de granada se había incrustado en el lado izquierdo, dejando un enorme hueco, pero *psch!* cosas peores mil veces había visto ese día y veces más, ¿por qué temblaba Miguel? Desde que recogieron el herido creyó reconocer á Sergio, y al verlo á la luz se convenció de que era él en realidad. No era, con todo, el estado en que veía á su primo, ni lo probable—casi inevitable—de su muerte, lo que lo espantaba: era otra cosa.

Apenas arrancado el hierro y contenido el derrame de sangre dió Miguel orden á su compañero de retirarse; éste obedeció sorprendido. Cuando estuvo solo, cerró la puerta y volvió al lado de Sergio; lo reanimó con un poco de brandy que lle-

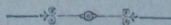
vaba consigo; un quejido y algunos movimientos que percibió lo hicieron temblar de nuevo; poco á poco volvía á la vida, no había perdido mucha sangre, gracias á la naturaleza misma de la herida, y aunque estaba muy débil, pronto pudo hablar; reconoció á Miguel y le dirigió palabras cariñosas; se dió por salvado con su sola presencia. Este lo miraba de un modo particular, sus ojos grises parecían dos balas incrustadas en sus órbitas, su aspecto era realmente siniestro. Se acercó y se puso á contemplar la herida, introdujo sus dedos en ella y sacó del fondo un gran nervio blanco, sanguinolento—el mismo que destrozaba dando carcajadas en el anfiteatro con sorpresa de sus compañeros; Sergio dió un ahullido de dolor.—Voy á curarte! dijo Miguel con sequedad, y siguió maniobrando; el pobre herido gemía, gritaba, daba saltos, se retorció como una serpiente entre el fuego. Era que su primo, el que lo había acompañado desde la cuna, el que huérfano y desvalido había recibido en su hogar los mismos beneficios que él, acababa de introducir en sus entrañas una sierra de dientes encorvados sacada del estuche, y con ella desgarraba por todas partes, como presa de un furor extraño; luégo, poniéndose en pié y sujetando al infeliz con una rodilla, dijo con voz que parecía el ahullido de una hiena—;Sergio, no me volverás á preguntar por la dama de las violetas! ¿la recuerdas? esa era la que yo amaba con locura; tú me la quitaste y sembraste el odio en mi corazón. ¡Prometí vengarme, encontré la ocasión esta tarde y la he sabido aprovechar, mírala! y hundiendo sus dedos como las garras de una fiera en la sangrienta herida, abrió los brazos con violencia desgarrando por todas partes y se empapó en la sangre de su víctima dando al mismo tiempo carcajadas infernales.

.....

Y Miguel? preguntaba alguien, tiempo después.—Él sirvió mucho; reveló en todas partes sus sentimientos humanitarios, su corazón de oro; iba entre las balas á recoger á los heridos para curarlos, casi lloraba al ver aquellas catástrofes.

Oh! Miguel es el mejor de los hombres, no haría daño á una mosca.

EMILE DRAVICK.



GRANDEZA

(Á JOSÉ VELÁSQUEZ GARCÍA.)

No te arredres, oruga, por la fosa
En que hoy como un cadáver te despeñas.

DÍAZ MIRÓN.

¡ Oh! los que lloran y al llorar se abaten
Ante los infortunios de la suerte;

Se entregan al dolor y no combaten
Hasta caer en brazos de la muerte,

Y no alientan valor, firmeza y brío
En el duro torneo de la vida;
Llevan consigo de la muerte el frío,
Tienen una existencia maldecida;

“Si no esperan vencer están vencidos”;
Llevan el alma en mísera flaqueza;
No sienten en sus cuerpos ateridos
Cálida sangre, bíblica grandeza !

Job padece y apenas se lamenta,
Sufre en silencio y á su Dios bendice;
¡Que surja el rayo y pese la tormenta!
Se prueba á Job y el santo nada dice....

Así los de la suerte maldecida,
No deben nunca doblegar la frente;
Quien riñe la batalla de la vida
Llega con gloria al triunfo de la muerte!

Mostrar valor y orgullo es cosa noble,
Siempre redime el culto de la idea;
Que como cae el majestuoso roble
Debe caer el hombre en la pelea !

El gladiador romano es un ejemplo,
Oficia en los altares de la historia;
En el inmenso, soberano templo
Do viven las vestales de la gloria !

Para ceñir corona de inmortales
Hay que llevar primero la de espinas:
Que el humo de las fraguas infernales
Se torna al fin en nubes opalinas....!

¡Oh! los que lloran de su vida el hado,
Tragando el polvo del inmundo suelo,
No salvarán los lindes del pasado,
Y son indignos.... aun del mismo cielo!

1894.

M. ANTONIO DEL CORRAL.



EL FONDO DE LA COPA

I

Fausto estudió Derecho en una de la Universidades de la República hasta obtener el grado de doctor. Recién salido del

Colegio, se hizo cargo de una fiscalía que desempeñó con lucimiento, y luégo estuvo de Juez de Circuito, ya á menos satisfacción de los superiores; porque el vicio del aguardiente se iba apoderando de él, poco á poco, como la ola invasora de una inundación que reduce á ruina cualquier edificio.

Desde estudiante gastó muchas horas en la orgía pagana. Eran muy sabrosas esas reuniones de estudiantes, en las cuales al par de la copa se besan la ciencia y la política; las fantasías jóvenes y ardientes se exaltan, hay graves discusiones, desafíos, y al día siguiente, mucho desaliento y poco estudio. Él formaba en el círculo de los inteligentes, y era máxima entre ellos que los hombres de talento tienen derecho á embriagarse para matar el pesimismo de la vida y entretener los ratos de huelga. Los buenos de los colegios son siempre los apocados, y más tarde serán unas nulidades: era otra máxima de los estudiantes inteligentes. Por otra parte, Fausto sentía una inclinación irresistible al vicio del aguardiente: cuando paso por la puerta de una cantina—les solía decir á sus compañeros—es como si me tiraran del saco, lo cual no es de extrañarse pues todos los hombres de mi familia han sido bebedores.

Había tenido la suerte de acabar sus estudios bajo el régimen del partido político de sus simpatías. Su sueldo de Fiscal al principio y luégo el de Juez, le dejaban con qué cubrir desahogadamente las cuentas de la cantina.

A los cuatro años de estar ejerciendo su oficio de empleado judicial, en un viaje que hizo á otra población se enamoró de una muchacha rica y de regular hermosura y se casó con ella, acertadamente, pues según rumores, María lo amaba con locura y toda su tierna sencillez de mujer sin ilustración ni mundo, la dedicaba al hogar. Era como las mujeres antioqueñas, educadas para ser madres de familia, aptitud que revelan las jóvenes en el cariño con que ayudan á criar los hermanos pequeños: parecen unas madrecitas prodigando ternuras conyugales.

Al tomar el estado de marido, Fausto dejó la judicatura y abrió despacho de abogado. Si se disimula el vicio del licor, Fausto se iba haciendo un ciudadano útil. La clientela vino lentamente y con mal pago; con los meses aumentaron los negocios, cayeron algunos pleitos buenos. No era yá una clientela de *tinterillo*, su oficio iba progresando y esperaba una posición firme y duradera. Al principio no iría muy bien aunque la señora era rica; más tarde tendría con qué educar á los hijos, y con el tiempo tal vez sería rico, ó al menos, acomodado. Los pleitos también iban dejando con qué pagar las cuentas en la cantina; podía beber los días de descanso y las noches de algunos otros días.

El padre de María había muerto y como la suegra de Fausto quedó abandonada, éste la recibió en su casa.—Es una buena señora—decía—no merece la suerte que le ha tocado.

II

María, que era una mujer delicada y sensible, se impresionó profundamente con las primeras embriagueces del marido. El simple olor á aguardiente le era insoportable, mas el inmenso cariño que le tenía á su esposo, la hacía vencer la repugnancia y le prestaba mil atenciones y le hacía caricias. Él, por su parte, no era hurafío ni iracundo cuando había bebido; siempre llegaba cariñoso y tierno, y esto acaso un poquillo más de lo conveniente. También es cierto que se ponía muy susceptible y á veces se disgustaba; por cualquier término inocente ó sin sentido, decía que querían insultarlo ó humillarlo. Ella con la más íntima amargura, seguía dirigiendo el asunto lo mejor posible, mientras contenía las lágrimas y sólo dejaba traslucir su pena intensa en algún movimiento nervioso ó en un sollozo comprimido. Le preguntaba si quería que le hicieran un poco de café, y si él estaba en regular estado y respondía afirmativamente, corría á la cocina y ella misma lo filtraba.

Así pasaron varios años. Albertico, el hijo mayor—pues ya tenían dos—estaba gateando y algunas veces se arrastraba en busca de su madre hasta el cuarto donde se acostaba el borracho; entonces María lo tomaba en brazos y se alejaba corriendo. Pobre hijo mío—era el pensamiento—y en vez de llorar en presencia del hijo que aún no podía darse cuenta de aquello, la madre cariñosa le sonreía y lo besaba; practicando inconscientemente el sacrificio, la más alta manifestación del amor.

Un domingo llegó Fausto en peor estado que siempre, de tal manera que el primer movimiento que experimentó María fue de terror: su marido, para caminar se agarraba á las paredes; tenía todo el vestido sucio, lleno de polvo y chorreado; el sombrero se le cayó en el zaguán dejando descubierta su cabeza grande, con el pelo revuelto; tenía el rostro pálido y desencajado y la mirada aterradora. Decía palabras incoherentes. Por fortuna para María, los niños estaban dormidos. Fausto se acercó á ella y le dirigió, en medio de un hipo horroroso, frases que no pudo comprender. Tenía la barba hecha una inmundicia.—María, toma.....la llave.....y corre.....los muchachos, pobrecitos! Se cayó desmadejado, con la vista extraviada, vidriosa, sin brillo de inteligencia. Poco después el hipo se volvió un ronquido.

María cerró la puerta del cuarto donde quedaba su marido roncando y se fué allá, á un departamento alejado, donde esta-

ba su madre, y lloró amargamente.—Dios mío!—exclamaba—es demasiado! con qué se curará ese vicio? He agotado los recursos: le he hecho leer cuentos conmovedores; le he referido historias aterradoras, y él á todo accede, se da cuenta de las malas consecuencias de su vicio, me promete no volver á beber y cumple por ocho días; luégo empieza con maña: llega bebido y me dice:—Un poquito no más, no pude resistir, perdóname. Y en seguida va aumentando por grados, hasta llegar al exceso, al delirio.

—Me han dicho—observó la señora anciana—que no se puede dejar el licor de repente porque la interrupción trae funestas consecuencias.

—Pues bien, madre mía, yo no le exijo tánto, que lo deje poco á poco, que cada vez beba algo menos y se curará.

—Se necesita una voluntad de hierro para vencer el vicio. He oído contar de algunos que se han curado haciendo esfuerzos sobrehumanos. Otros lo dejan por completo unos días, hasta años, y luégo vuelven á él con más fuerza, con una especie de furor.

—Tal vez pudiéramos ensayar—agregó María—un medio que me refirieron en días pasados, por el cual salvaron á un borracho consuetudinario. Era un hombre tan sumido en el vicio que por la noche se acostaba con una botella al lado, para echar un trago cada vez que despertaba, pues de otro modo no le era posible dormir. La mujer se propuso quitarle el vicio. Una noche, mientras el marido dormía, la mujer se fue con mucha cautela hasta el lecho y le cambió la botella de aguardiente por un tetero, y se curó. No volvió á beber de noche y esa náusea del tetero le hizo aborrecer las botellas para siempre.

—Es un caso excepcional, hija mía, es casi un milagro. Y por medio de milagros sí se han hecho muchas curaciones. Pidámosle á Dios.

—Ah! creo que Dios me ha abandonado—agregó María—he hecho tántas promesas y he rezado tánto! Tal vez no tenga la suficiente fe para hacerme oír.

La niña empezó á llorar y la madre salió apresurada, mientras la abuela con mucha ternura, dirigía sus miradas á una imagen de las Mercedes—cromo extranjero—y le pedía con gran fervor que hiciera feliz aquel hogar.

Cuando María se dirigió en busca de la niña, iba pensando en la ejecución de cierto remedio para curar al marido. Amargo recurso! pero que ella con el sacrificio que impone el amor y por salvar más tarde á sus hijos del ejemplo del padre, pensaba llevar á cabo por sobre toda consideración.

De pronto María dejó la niña, sin cuidarse de que se quedaba llorando, en uno de esos movimientos distraídos tan comu-

nes en la mujer cuando piensa en el marido. Fue al comedor, abrió una alacena y sacó la botella que tenía Fausto, para tomarse la copa antes de almorzar, ella que nunca había bebido! Su esposo bregaba de una manera titánica por hacerla coger gusto á los licores y nunca había logrado conseguirlo. Serios disgustos habían tenido los esposos con ocasión de que ella para tomarse una copita de vino le echaba agua y azúcar y á pesar de eso hacía gestos. Aquella vez vació la botella con firmeza, pero al oler el licor sintió un estremecimiento nervioso y general, una repugnancia suprema; lo bebió de una vez y encima tomó agua porque se estaba ahogando. Poco después sintió una horrible descomposición y náuseas.

Todo el día estuvo con un raro malestar físico. A cada instante le parecía estar oliendo la copa de licor y se estremecía. —No importa—pensaba—aprenderé á beber, será mi último suplicio; pero curaré á mi marido.

Tres días estuvo en imposibilidad absoluta de continuar su obra. Luégo la acometió con toda su enérgica bondad; bebía tapándose la nariz para no oler el licor y lavándose la boca en seguida. Se le inyectaban de sangre los limpios ojos claros y siempre se estremecía; era una obra superior á su físico. ¡Cómo se trasformaba con el sufrimiento aquella mujer blanca, regordeta, nerviosa y de tan exquisita sensibilidad, su nota dominante, que la había hecho esposa modelo y madre tierna! ¡Qué amargura tan íntima la de ir á coger sus hijos con el aliento aguardentoso! Cada instante le parecía descubrir el asombro en la mirada honda de su hijo mayor; una mirada tan hermosa, rara mezcla en que unas veces adivinaba su propia mirada y otras creía ver la expresión de los ojos de su marido: comunión perfecta de las dos expresiones que manifestaba la confusión íntima de los esposos en las primeras dichas conyugales. La segunda, una niñita pequeña y blanca, era más hija de ella que del esposo. A esos hijos encaminaba María su sacrificio.

Su vieja madre la había sorprendido ya apurando la copa, ¿qué se habría imaginado? En una conversación dijo: el mayor inconveniente de los maridos que beben es que contagian á las mujeres; ó algo parecido.

Únicamente Fausto no había notado lo que pasaba en su casa; seguía bebiendo en grande, muchas tardes no iba á comer y á la media noche ó la madrugada volvía borracho. María lo aguardaba vestida y pronta á prestarle sus cuidados. Esperaba con paciencia á que llegara la hora de aplicarle el remedio.

Tuvo en esos días otra interrupción que alargó el cumplimiento de lo que ella consideraba su felicidad: curar del vicio á su marido. La interrupción fue el nacimiento del tercer hijo,

que María quiso criar con especial cuidado, para que le quedara un tiempo libre en que pudiera realizar su obra sin peligro de los hijos. La maternidad le daba mil ternuras. El marido también estuvo muy contento y dejó de beber algunos días. El tercer hijo fue hombre y lo pusieron Rafael, porque nació el día de ese santo, y con motivo del bautizo hubo una modesta reunión de familia. La madre todavía estaba en cama, muy feliz con la comprobación de su maternidad que ya le había dado tres niños vivos y sin imperfecciones físicas. Casi había olvidado la obra proyectada, pero la noche de aquel día con el pretexto del bautizo, el marido se embriagó lamentablemente. Renacieron las espinas del cilicio; no había remedio, después de los cuidados al nuevo hijo sería la ejecución del tan pensado recurso que volvería—ella no lo dudaba—la felicidad á su hogar, que ya iba estando habitado y alegre con los niños, que son á la familia lo que las flores á un jardín.

Al fin concluyó la dieta, aunque con los disgustos se había prolongado más que las dos primeras. Cuando recorrió la casa todo le pareció distinto; es cierto que en una pieza habían cambiado el lugar de los muebles, en el patio se habían secado muchas matas y en cambio estaba lleno de hierba, y del solar habían desaparecido las más hermosas gallinas. El comedor le pareció más grande y toda la casa muy clara y muy alegre. Cuando Fausto estaba en el trabajo, la anciana madre ahí cerca, y los tres niños á la vista de María, ésta se formaba la ilusión de que era feliz, y casi sentía deseos de abandonar su proyecto. Recorría la casa sembrando matas donde le habían dejado secar otras, todo lo arreglaba y todo quedaba limpio y en su lugar. Pero á la noche volvía Fausto borracho, ó al menos con ese olor maleante de los que han bebido mucho, y María tornaba á palpar la amarga tristeza de su vida. No volvió á tener más vacilaciones, se puso á la obra con toda su energía, con un valor sin desfallecimiento. Cada día tomaba un poco más de licor. —Ah! era la suprema esperanza del bien lo que la sostenía. Con tres ó cuatro borracheras—se decía—curaré el vicio de Fausto y seremos felices; después no volveré á probar esa inmundicia que pone en rebeldía todos mis nervios.

La primera embriaguez que postró á María fue perdida porque Fausto no la presencié: estaba en la calle, por desgracia para su esposa. María sintió el momento agradable de todas las embriagueces y apuró otras copas, pronto se quedó dormida y cuando despertó á las diez de la noche, con las angustias terribles de la irritación, preguntó por Fausto y le dijeron que aún no había llegado. Todo el golpe lo recibió aquella noche la vieja madre, quien sufrió horriblemente con semejante espectáculo.

lo: ¡su hija en tal estado! en eso habían ido á parar los excesos de su yerno, en contagiar su delicada hija hasta volverla una..... No se atrevía á formular ni aun mentalmente su pensamiento. Cuánta verdad tenían las palabras de que “marido y mujer son una misma carne”. Si el marido se había vuelto un poquillo nervioso y delicado, por las influencias de María—según observaban frecuentemente en la familia—, en cambio María había adquirido aquel horroroso vicio por compartir el lecho con un hombre borracho..... Como la pobre señora ignoraba los santos propósitos de su hija, el hecho fué para ella desastroso. Adónde había ido á parar aquel matrimonio, que al formarse reunió todos los elementos para ser feliz: amor, dinero y hasta hermosura! Y la madre para disculpar á su hija, á pesar de todo, echaba la culpa á Fausto y se hacía reflexiones como esta:—No es tampoco una monstruosidad, pues he oído contar de muchas señoras que adquieren ese vicio.

Al día siguiente la anciana señora le hizo varias observaciones á su yerno, sobre el estado á que había llegado la familia. Se expresó así: Anoche sucedió una cosa muy desagradable para U. y para mí. María se tomó unas copas y se embriagó; no sé si lo haría por curiosidad ó por desesperación, pero en todo caso creo que ha habido una especie de contagio. Le pido pues un favor, para bien de todos nosotros, y es que se modere un poco en la bebida, para que sepa siquiera lo que pasa en su casa. No le pido que abandone el licor, puesto que eso para U. es imposible, sino que use una especie de disimulo, de moderación. No lo haga por mí, ni tampoco por María, hágalo por sus hijos.

Es extraño—murmuró Fausto—ella no ha bebido nunca. Y se alejó sin decir una sola palabra.

III.

Fué aquello para Fausto una dolorosa contrariedad, se moderó un poco y trató de estudiar su situación. Cómo podía ser capaz, su tierna y delicada esposa, de experimentar todas las emociones fuertes y los sinsabores de una embriaguez? Por varios días Fausto se estuvo mirándola con extrañeza y tratándola inconscientemente con alguna seriedad. Lo que su suegra le había dicho era muy amargo; pero no tenía motivo para dudar de sus palabras.

Una tarde al llegar del trabajo encontró á María en un estado lamentable. Salió á recibirlo con esa cortesía pegajosa que da el licor, muy insinuante, muy tierna:—No dejarás de quererme—le decía—he bebido un poco para curarte del vicio, para que no vuelvas á beber, mi querido Fausto. Estoy muy sabrosa

eh! estoy borracha! tú sabes lo que es eso. Luégo, á cualquier cosa que el marido contestó, empezó á reírse con fuerza que iba aumentando por grados: era una carcajada histérica, terrible. Tenía la mirada fija y como petrificada en los ojos enrojecidos; la tez blanca del rostro, púrpurea por la congestión. Se reía, se reía sin motivo, con una carcajada hiriente, suprema, enervante que pronto la dejó desfallecida, hasta el punto de dejarse caer sobre una estera en muy fea posición. La suegra de Fausto corrió á llevarse los niños, que presenciaban asustados la escena; á la niña se le salían las lágrimas, pero el miedo la hacía contener el llanto. Las sirvientas se informaron del hecho. Y el marido allí, de pie, pálido y terrible no lanzó una voz, no dijo una palabra ante la borrachera de la mujer.

Cuando María trataba de incorporarse, aunque los objetos pasaban ante su vista como en un remolino y la abrumaban las náuseas, Fausto salió en busca de su suegra y le dijo: Hágame el favor de evitar que los niños presencien semejantes escenas. Si fuera posible aislar á mi mujer, sería lo mejor.

—Por Dios, Fausto—contestó ella—evite U. el vicio y curaremos á María.

—Cuenta conmigo, nunca volveré borracho.

Se dirigió á su cuarto; pero antes de lograrlo tuvo que mirar, en el cuadro que más lo impresionó en su vida, toda la desnudez del vicio. Su hermosa mujer había desaparecido, para ser reemplazada, allí, sobre la estera, por un lío de carnes y de trapos, revolcándose en un poco de inmundicia.

El marido no volvió á salir del cuarto en toda la tarde. Pensaba en el porvenir de su hogar, en cómo alejaría sus hijos de la madre, aunque no se le ocultaba que aquello era una crueldad; á él no se le había quitado el placer de acariciarlos, como buen padre, aun cuando manchaba con su vicio la cámara conyugal. No tenía ni el derecho de quejarse.

Pasaron algunos meses y Fausto no volvió borracho á su casa; en cambio María seguía apurando la copa. Su madre la amonestaba:—Comprendo que hubieras bebido para salvar por medio tan extraño á tu esposo; pero ya no hay razón, Fausto no ha vuelto á beber y tú continúas, eso es lamentable.

Ella respondía:—Madre, es cierto que Fausto se ha recogido y está formal, y debo estar contenta porque esa ha sido mi obra; mas si yo dejo el vicio, él vuelve á beber, y prefiero ser yo la viciosa. Dentro de unos meses, cuando Fausto esté completamente curado, entonces yo abandonaré el licor y seremos felices; por ahora es preciso hacerle palpar todos los horrores.

Algunos días María se pasaba sin beber: días de angustia! Sufría el malestar físico de la irritación, aquella amargura tan

intensa en que cualquiera deseara morir. Pensaba en sus pobres hijos, que la veían muchas veces en un estado vergonzoso, convertida en una desdichada. Todo eso ocurría después de algunos días pasados en ensueño, casi constantemente embriagada, en que veía las personas como al través de un velo oscuro. Cuántos casos habían sucedido: extraños que se habían informado del feo vicio que la invadía, las criadas despedidas, el marido no había vuelto en varios días, la madre casi postrada, por el cuidado incesante de los nietos. Al cabo de algunos días, se despertaba el anhelo vehemente, irresistible de beber: era una desesperación producida por la conciencia de su suerte, el estado de sus hijos, el alejamiento del marido, y luégo una desazón, un deseo físico insaciable, una necesidad, una comezón, una locura y volvía sobre la copa, en la cual olvidaba sus penas, se perdían los dolores, se ahogaba la conciencia.

Una vez la suegra de Fausto quiso hacer uso de la fuerza y arrancarle á María la copa de los labios. Mas ésta suplicaba: madrecita, por Dios, es una obra buena para curar á mi marido, para salvar á Fausto de esa inmundicia. Y se entregaba por momentos, con gran furor. Cada vez que tomaba una copa se estremecía y necesitaba, como al principio, taparse la nariz para poder beber; pero la vaciaba de un golpe, con voluptuosidad.

Algunas veces tomaba al pequeño Rafael en brazos, lo acariciaba y le decía; perdóname, hijo mío, quiero dejaros un padre bueno, yo no os sirvo ya para nada y él os hará felices. Puesto que ser buena era imposible, ya no aspiraba sino á morir en un rato de suprema embriaguez.

IV.

Fausto se había vuelto hosco y serio con las gentes, trabajaba todo el día en su oficina y por la tarde al llegar á la casa se encerraba en su cuarto y allí permanecía horas enteras meditando en su suerte, palpando el desmoronamiento de su familia. Los libros ya no le prestaban solaz, sólo los periódicos con sus nuevas del agitado mundo europeo le servían á ratos de pasatiempo. Lo que sí le proporcionaba un positivo placer era mirar los juegos de sus hijos, que crecían, herloseaban y despertaban al mundo de la inteligencia que era un encanto. En la pieza de Fausto había una ventana que daba al patio y por ahí miraba el padre con gran ternura á sus chicuelos. Alberto, el mayorcito, fuerte y robusto, gastaba cierta seriedad de doctorado. Mariquita, blanca y pequeña, era el retrato de la madre, con sus ojos claros, nerviosa y perpicaz; no perdía un detalle cuando Fausto entraba en conversación, lo miraba con fijeza queriendo penetrar en lo más profundo para darse cuenta del

sentido de cada frase. El tercero, Rafael, que ya tenía cuatro años, era pálido y enfermizo, parecía el consentido heredero de una familia real. Para Fausto el presente había concluído. Tenía ya cuarenta años y en presencia de su amarga actualidad no tenía en mira sino el porvenir. Con su esposa no había que contar para nada. El, por su parte, no estaba del todo curado del vicio del aguardiente. Algunas veces le acometían deseos irresistibles de beber, deseos que aumentaban con la desesperación de su familia y con el ansia de olvidar las penas en la embriaguez. Lo que había hecho era no volver borracho á la casa. Apenas se excedía un poco, buscaba acomodo por otra parte y no iba á la casa hasta que se sentía bueno.

Para Fausto no existía sino la descendencia, "la continuación del sér, que en los hijos encuentra una especie de inmortalidad". Si no volvió borracho á la casa fué por no darles mal ejemplo. Los trataba con cariño y se proponía con mucha delicadeza, separarlos de la madre; sin culpar á la buena señora, que sólo se había sumido en el vicio por salvarlo á él de los daños de la orgía.

Una tarde sintió Fausto á sus hijos jugando en el corredor, cerca de la ventana, y se asomó á verlos, con mucha maña sin dejarse ver, para no interrumpirlos. Los tres jugaban en una tienda que habían formado con piedras de distintos colores, frutos de diversos árboles, hojas y pétalos de flor. En unos frascos tenían agua, en éstos coloreada, en aquéllos limpia. Rafael era el ventero y Alberto y Mariquita hacían de compradores. De una botella de vino, que sin duda le habían quitado á la madre, Rafael les medía copitas; Fausto alcanzó á oír este diálogo.

—Sírvenos otras dos copas—frase de Mariquita á Rafael.

—Yo no bebo más—contestó Alberto—quiero ser hombre serio como mi papá, y él no toma sino una copita antes de almorzar.

—A mí sí, sírveme la copa, Rafael,—agregó Mariquita—yo quiero ser borracha, como mi mamá.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.



PLUMADAS

Varios caballeros han iniciado en Bogotá una reunión de fondos para auxiliar á los patriotas cubanos heridos y enfermos; al efecto han enviado circulares á los Departamentos, pidiendo apoyo en tan benéfica labor. Nada más claro que la necesidad en que nos encontramos de ayudar á ese acto pa-

triótico y al propio tiempo de filantropía. Esperamos que Medellín seguirá con entusiasmo el ejemplo que nos da la capital. El dinero debe dirigirse á Miguel Samper é Hijos (Carrera 8.^a, números 419 y 421) ó á D. Julio D. Mallarino (Calle 13, números 119 y 121), haciendo constar para ser publicado, el nombre del donante, cualquiera que sea el monto de la suma.

Hemos recibido un bien elaborado folleto que lleva por mote: *Informe y renuncia que presenta el Secretario de Gobierno al Sr. Gobernador de Antioquia con motivo de la dimisión que éste ha hecho de su empleo* (Medellín—Imprenta del Departamento) y la *Tesis* que para optar grado de doctor en Medicina y Cirugía, presentó el Sr. Nepomuceno Jiménez J., obra notable y ya juzgada por la prensa competente. Agradecemos el envío á sus respectivos autores.

La Miscelánea, El Esfuerzo, La Revista de Farmacia, Las Novedades y Los Tiempos, periódicos de la ciudad, han empleado al hablar de esta REVISTA, términos galantes que nos obligan en alto grado; igual cosa han hecho *El Heraldó* y *El Telegrama*, respetables publicaciones de Bogotá. Mil gracias.

Canjes.—Nos han visitado *El Heraldó, El Telegrama, La Revista Colombiana, La Hoja y La Mujer* de Bogotá, *Flores y Perlas* de Barranquilla, *La Opinión* de Cartagena y *La Unión Nacional* de Honda.

Concierto.—Tuvimos el gusto de asistir al de la Escuela de Santa Cecilia y de oír los trozos admirablemente ejecutados por los alumnos y sus notables maestros. Es verdadero el placer que produce el adelanto que año por año se nota en los discípulos de ese plantel que, sin ruidoso aparato de vanidad, cultiva el divino arte con tanto provecho.

Podemos resumir nuestras impresiones así: gran concurrencia, muchas hermosas, gusto exquisito en la selección de la música, ejecución plenamente satisfactoria, mal tiempo y peor atmósfera gracias al amontonamiento de fumadores cerca á la puerta del patio.

Reciban los profesores y alumnos nuestras felicitaciones muy sinceras y sigan trabajando con entusiasmo creciente, que los laureles no tardarán en dar renuevos lujosos para sus frentes de artistas.

Succés d'art.—Impulsados por el vehemente deseo de oír la música del maestro Vidal, nos colmámos de gozo el lunes 18 por la mañana, en la ejecución de la misa de *réquiem* que se ejecutó con motivo de los funerales del señor José María Amador.

Como lo esperábamos, quedaron colmados nuestros deseos con las escogidas melodías de los catorce números de la obra; y sentímos con aquellas notas el orgullo noble de juzgar á Vidal el mejor de los nuéstrós, de nuestros artistas.